

(042)

persuasión para lograr el bien común: liberarnos de la contaminación. Concientizar al pueblo de su responsabilidad haciéndole comprender que el problema no se resuelve con medidas de fuerza ni con decretos.

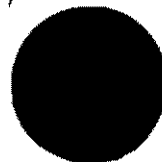
Cada ciudadano tiene el deber de contribuir al esfuerzo común, trabajando para sí y para sus hermanos más débiles.

No olvidemos lo que dijo Almafuerte: "¡Que la tierra no es colchón para enfermos y haraganes! ¡Es bigornia de Titanes! ¡Pedestal de la ambición!"

Dr. O. IVANISSEVICH

17 de junio de 1974

Foll.
504
1



MINISTERIO DE CULTURA Y EDUCACION

ENV 007878
Foll 504
1

CONTAMINACION DEL AIRE, DEL AGUA, DE LA TIERRA Y DE LAS IDEAS

EDUCACION SANITARIA

BUENOS AIRES

1974

1-011

EL problema está planteado y no se advierte solución inmediata.

Viven en la superficie de la tierra tres mil setecientos millones —3.700 millones— de hombres. De esos tres mil setecientos millones, solamente quinientos millones —500 millones—, se alimentan normalmente y tienen una eficaz asistencia médica. Por estos hechos, los quinientos millones, han aumentado su término medio de vida en más de veinte años. El término medio actual para estos quinientos millones, de vida abastecida, es de 72 años para las mujeres y 70 años para los hombres.

En cambio los tres mil doscientos millones restantes se alimentan precariamente y no tienen asistencia médica eficaz. El término medio de vida en este gran grupo humano se estima alrededor de los *cinquenta años*. Cuando el obispo de Recife, monseñor Elder Cámara visitó el extremo oriente preguntó cuál era el sistema de seguridad social o de jubilación que allí usaban. Le contestaron de inmediato: "*Nunca llegamos a esa edad.*"

La diferencia social entre estos dos grupos es evidente. Surge de aquí el primer problema porque no hay en este momento ningún procedimiento razonable y menos mágico para establecer por decreto un nivel humano común e inmediato. Sólo el trabajo continuado del total de los tres mil setecientos millones podrá después de muchos años mejorar el nivel de los rezagados. Son tantos los millones de vida desabastecida, que habitualmente los consideramos ubicados en el Asia o en Africa, sin darnos cuenta que hay muchos en nuestro país y en nuestras propias casas. Todo lo que se proponga y se haga para acortar las distancias es una labor de efectivo trabajo cristiano. Este problema no se resuelve con palabras, se resuelve trabajando.

No olvidemos que el hombre creó las ciudades para hacer más segura y agradable su vida. Pero su instinto egocéntrico no le permitió recordar que a todos sus semejantes, les sería igualmente agradable el disfrutar de esa seguridad y de todos sus beneficios. Por eso olvidó establecer límites racionales a las ciudades, provisión suficiente de agua y de jardines y, distribución científica de fábricas, hospitales y escuelas para un probable número de pobladores. Las ciudades construidas sin plan regulador y previsor crecieron como un tumor maligno. A pesar de sus defectos originales, las ventajas que ofrecieron esas ciudades, a pesar de su crecimiento tumultuoso fueron repetidas por mil voces y atrajeron hacia ellas una caravana que aún está en marcha. Según la Organización Mundial de la Salud, en los últimos años la mayoría de las ciudades importantes *quintuplicaron* sus poblaciones. El ca-

g. 2: 12456

serio inicial creció desordenadamente, en *altura* por la riqueza y en *extensión* por la pobreza. Sus planes previos de espacio, número de habitantes, escuelas, fábricas, hospitales, mercados de abasto, la metrópoli se transformó progresivamente en *megalópolis*, *ecumenópolis* y ahora, al final, en *tiranópolis*. El límite teórico de cuatrocientos habitantes por manzana como *máximum*, llegó en algunas ciudades a más de diez mil.

El hacinamiento sigue creciendo al par que el parque automotor. La voz de los parlantes, de la radio, de la televisión, el humo de las fábricas, el de la combustión de los automotores y el de los residuos domiciliarios contaminó la atmósfera. La vida en la ciudad superpoblada se fue haciendo cada vez menos sana y menos agradable. Los contaminantes sonoros, gaseosos, sólidos y líquidos, las interrupciones en la comunicación telefónica, las dificultades en el transporte horizontal y vertical, repercutieron sobre el sistema nervioso y sobre las funciones más importantes para el equilibrio vital. Inquieto e irritado el ciudadano buscó en los tranquilizantes transitorios la paz y el sueño perdidos. Con resultados incompletos e irregulares se hizo tributario de la drogadicción con todas sus consecuencias.

Las ciudades fueron así maldecidas por urbanistas, arquitectos y médicos que les dedicaron nombres despectivos de los cuales repetimos sólo unos pocos del largo catálogo que podemos leer en todos los idiomas: "*Emporios de neurosis y de la delincuencia*"; "*Modernos y tecnológicos campos de concentración*"; "*Grandes manicomios colectivos*"; "*Tugurios de hoy y de mañana*"; "*Monstruos de desmesuradas proporciones*"; "*Inmensos espacios para morir de asco y enemigos mortales del hombre*"; "*Zoos humanos*". Verdaderos zoológicos humanos de cuyas jaulas tratamos de escapar en los días festivos para encontrar el hacinamiento y el peligro en las carreteras. El hombre sufre así en su jaula la contaminación sonora y tóxica, las frustraciones en la provisión y si sale a la calle tropieza otra vez con la plétora que se expresa en la mirada hosca, cuando no en la mirada hiriente, en el empujón de los más apresurados, en el insulto a flor de labio, en el gesto agresivo o en la agresión de hecho.

Solución única: *educar la paciencia, multiplicar la tolerancia* o alejarse de la ciudad contaminada.

Es, por otra parte, un fenómeno conocido y estudiado por psiquiatras y sociólogos que a medida que el hombre conquista más comodidades su agresividad crece. Y crece no sólo su agresividad activa sino también su agresividad latente o potencial. Es también un hecho, aunque no sea fácil explicarlo, que a medida que va terminando la explotación del hombre por el hombre aumenta en él su carácter agresivo. Recordemos la mansedumbre de los campesinos, cuanto más aislados más mansos. Esa pasividad bondadosa contrasta

con la agresiva actitud del hombre de la ciudad que ve en cada desconocido un enemigo.

Todos los habitantes del "zoo humano" que escapan temporalmente de sus jaulas, vuelven tonificados en su cuerpo y en su alma y resisten mejor a los tóxicos metropolitanos hasta que vuelven a saturarse y tratan de escapar otra vez a la tranquilidad de la campiña. Dice Rof Carvalho, eminente neurólogo español: "A medida que el hombre de la ciudad se hace más opulento aumenta su agresividad". Todos los siquiatras y sociólogos tratan ahora de buscar la evasión o el drenaje de esa agresividad y algunos creen haber hallado la solución en las competencias deportivas, automovilísticas, en las carreras de caballos, en el atletismo, yating, etc., etc. La experiencia futbolística, que es la más difundida, no parece dar buenos resultados. En todos los lugares del mundo en los que hay partidos de fútbol la agresividad se exalta y ha llegado a la guerra de naciones.

Es indispensable buscar otra solución a este problema. Todas las competencias deportivas exaltan la agresividad, sólo la educación puede reducirla. Así lo expresa en síntesis el profesor Hans Selye.

Mi amigo y colega Hans Selye a quien recibimos en el Instituto de Clínica Quirúrgica, hace algunos años, es el creador de la palabra stress. Él escribió un libro apasionante: "*The stress of life*", es decir: "*La tensión de la vida*". El nos instruye sobre la forma de combatir esa tensión de la cual emerge la agresividad. Dice él con razón que del mundo moderno han desaparecido muchos valores *tradicionales* y *estabilizantes*. Dios, patria y familia, metas primeras y firmes de nuestra vida, se han desdibujado. Los objetivos supremos de la hora presente son el dinero y el poder. Por esa razón hemos repetido nosotros más de una vez que los *ideales* han sido sustituidos por *apetitos*. Los objetivos actuales: dinero y poder, metas fundamentalmente egoístas al alcance de cualquiera que tenga en su cerebro "*células del negocio*" y en el alma la finalidad del lucro.

El agnosticismo actual ha dejado desamparados a muchos hombres. Antes cuando un hombre sufría lograba compensar su dolor, en última instancia, pensando en la vida trascendente. Vida plena que le satisfacía. Nuestro paraíso cristiano, inmenso y sin limitaciones daba paz al mayor número. El mundo moderno que ya está matando a Dios, está ahora matando a la *Patria* y a la *familia* y se empeña en adular a la juventud, que es sólo una promesa sin realizar. Sus voceros más *abalanizados*, ya que no *adelantados*, dicen que el trabajo es una alineación, es decir una psicosis y que sólo se puede aceptar el trabajo si se transforma en un juego. De este modo se inicia la *contaminación* de las ideas que de esta manera no propenden a la perfección del hombre por el estudio y el trabajo, sino a la exaltación de la animalidad

del instinto primario. Por eso hemos repetido cien veces y seguiremos repitiendo las palabras de Almafuerte: "*Cada acción humana es el resultado de una lucha entre la bestia que llevamos adentro y que quiere ser bestia, porque es bestia, y la bestia que no quiere serlo porque se siente hombre*".

Los que halagan a los jóvenes ofreciéndoles una vida fácil de jolgorio, en un mundo en creciente escasez deben saber cómo tratan el problema los países comunistas. Esta es la prueba que la contaminación de las ideas está severamente controlada en esos países. Con lo cual se demuestra que el trabajo no sólo es necesario, sino indispensable para crear los bienes que les faltan a tres mil doscientos millones de hombres. Los cubanos ya han impuesto para los niños que no quieren estudiar ni trabajar, *escuelas especiales* en las que se combinan el estudio y el trabajo. Y para los estudiantes secundarios que no cumplen sus obligaciones se ha creado el *Ejército juvenil del trabajo*. Estas medidas estrictas y de cumplimiento inmediato, fueron sancionadas para todos los jóvenes "*antisociales*".

Volvemos así al principio cristiano: "*ganarás el pan con el sudor de tu frente*". Por eso calificamos de *contaminantes de las ideas*, a todos los principios que no contribuyan eficazmente al bienestar y al mejoramiento progresivo de la colmena humana que debe producir cada día mejores mieles. Por eso seguiremos repitiendo la frase de Kipling: "Mi corazón está lleno de cosas que yo no comprendo". Porque en esa frase profunda y simple está la clave de nuestra alegría, de nuestra tristeza, de nuestra renovada esperanza. Un huésped invisible ha ganado nuestro corazón y nos señala un camino nuevo de superación, es la presencia de Dios en nuestro mundo interior y, en ese momento nuestro corazón está lleno de cosas que no comprendemos pero que nos empujan a la superación!

Para sustituir a nuestro paraíso cristiano, en el que reina la libertad absoluta, el mundo moderno nos ofrece dos paraísos: el paraíso marxista y el paraíso tecnológico. El paraíso marxista limitado por la cortina de hierro y el muro de Berlín no es un ejemplo claro de libertad suprema. El paraíso tecnológico, por su parte, no está fundado en bases morales y aspira fundamentalmente al progreso material, meta imprecisa que no perfecciona el espíritu humano. Con su sed insaciable, el hombre sólo encuentra su camino en el mundo de la fe. Es evidente que el mundo de la fe es distinto del mundo de la ciencia, pero gracias a Dios yo conservo la fe de mis padres y esa fe es mi inmensa riqueza inextinguible.

Refiere el gran siquiatra español López Ibor que en un Simposio sobre la Posesión, un joven psiquiatra, en agresivo tono impertinente, atacó a un viejo profesor alemán. El profesor, que no era católico, le dijo: "Yo soy creyente

y le puedo explicar porqué creo, pero si usted no cree me tendrá que explicar porqué no cree". El joven no supo dar razón alguna. En cambio el profesor que está jubilado y vive en la Selva Negra, le dijo: "Yo suelo pasear con mi perro por la selva y observando su conducta me doy cuenta de que él vive en un mundo distinto del mío. Entonces, me pregunto: ¿por qué no admitir que puede haber también un mundo superior al mío? Puede haber contacto entre los dos mundos, como lo hay entre el mundo del perro y el mundo mío. Pero son dos mundos distintos". López Ibor agrega que la actitud del profesor alemán jubilado, fue una actitud científicamente correcta, independientemente de que se tengan o no creencias religiosas.

Yo no tengo dudas, la fe es una gracia, es decir algo que no nos hemos ganado o se nos ha regalado, como la inteligencia, por añadidura. La fe debe propagarse por el ejemplo, no por la argumentación.

Dice Hans Selye que todos los organismos vivos comparten una propiedad común: el egocentrismo. Aunque nos parezca una condición innoble no se puede negar que esa es la cualidad fundamental de la célula aislada y del complejísimo organismo humano. Tal vez éste sea el pecado original del que habla la Biblia. Si la sociedad humana no se empeña decidida y racionalmente en controlar ese egoísmo el desequilibrio se hará más notorio. El egocentrismo nos domina. Todas las religiones han reconocido ese defecto y han querido modificarlo. "Ama a tu prójimo como a ti mismo" o con expresiones semejantes. Un gran bien moral ha surgido de esas expresiones pero no han logrado anular el egocentrismo (Selye). Además, ningún hombre acepta el amar por obligación. Un pesimista concluiría: ¡Somos incorregibles, primero yo!

Pero la vida nos muestra, a los que queremos verlo, que el egocentrismo puede modificarse y nos da ejemplos de grandeza moral indiscutible.

Dice Hans Selye: "He observado que la actitud más eficaz es persuadir a los demás para que compartan nuestro anhelo de bienestar y de perfección". Esto sólo puede lograrse mediante el esfuerzo constante de ganar el afecto y la gratitud de nuestros semejantes, esto es "*conquistar el afecto del prójimo*". Estas últimas cinco palabras resumen la doctrina humana de Selye; porque conquistar es trabajar siempre, trabajar tenazmente para mejorar continuamente nuestros sentimientos y con ellos los del prójimo. Trabajar todos los días de la vida con la fe del que crea y espera. No se debe suponer que hemos llegado a la tierra para disfrutar de sus bellezas sino para brindar nuestro esfuerzo para ayudar a los menos dotados y para dejar en nuestro tránsito terrestre un germen de perfección y de amor. Tal es la tarea de